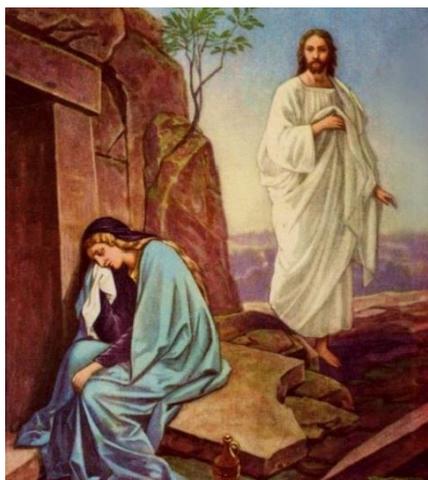


A principios de mayo, acabamos de dejar el tiempo de la Resurrección y entramos en el mes de María. Vamos a establecer el vínculo entre ambos meditando sobre la Resurrección y, en particular, sobre el papel, a menudo ignorado, de la Santísima Virgen durante este gran misterio.



Para apreciar plenamente el poder de esta Resurrección, debemos mirar primero a la realidad de lo que ocurrió justo antes: la muerte de Nuestro Señor. El Cristo que era tan bueno, que había realizado tantos milagros, este Mesías tan esperado que traía la esperanza y la salvación al mundo, Aquel por quien los apóstoles lo habían dejado todo y cuya gloria empezaba a extenderse por todas partes, he aquí que era condenado y asesinado en menos de 24 horas. ¡Qué conmoción! Todo se paralizó. Los apóstoles estaban desolados. Su Maestro y Señor ya no existía. Fue un fracaso insoportable. Sí, en esta mañana de Pascua parece reinar la desolación. Ante la realidad de la muerte, la fe de los apóstoles en la Resurrección de Jesús ha desaparecido. Pero queda una llama. Sólo la Santísima Virgen, en medio de su sufrimiento del Sábado Santo, sigue creyendo y se aferra a la fe de la Iglesia naciente.

Llegó la mañana de Pascua y Jesús reservó su primera aparición para su Madre. Los evangelistas no lo mencionan. ¿Por qué ocurre esto? Hay dos razones. Por una parte, es imposible describir la intensidad de ese momento, ya que las palabras humanas son impotentes. Por otra parte, la intimidad de ese momento sólo pertenece a los dos Corazones de Jesús y de María, y eso se nos oculta. Pero intentemos de todos modos acercarnos a la belleza de su encuentro.

María pasó por la terrible prueba del Sábado Santo, una verdadera agonía. El dolor se apoderó de ella. El recuerdo de la Pasión y de la Cruz, de la espantosa tortura de su Hijo, la sobrecogía y permanecía inmóvil ante sus ojos llorosos. Sentía en todo su ser aquel cuerpo sin vida que había llevado en sus brazos al pie de la Cruz, aquel hermoso rostro que se había vuelto irreconocible, aquel Corazón tan amado traspasado. La fe era lo único que mantenía viva a la Santísima Virgen. Ella no tiene dudas y sabe que su Hijo resucitará. Por eso no corre, no va al sepulcro, no busca a Jesús: lo espera. Su Corazón, invadido por el dolor, se prepara, sin embargo, para la conmoción del reencuentro. El Papa San Alberto Magno dijo: *"Jesús se le aparece, no para hablarle de su resurrección, sino para llenar su corazón de alegría"*.

Y de repente... Su Jesús estaba allí, ante ella, resplandeciente de belleza, de vida y de amor. Su mirada se clava en los ojos de su Madre. Sus corazones se unen de nuevo en el triunfo del Amor, en la victoria sobre la muerte. Escuchemos a Dom Guéranger, célebre monje benedictino del siglo XIX: *"El Señor mismo tuvo la bondad de describir esta escena inefable en una revelación que hizo a la seráfica virgen Santa Teresa. Se dignó confiarle que el abatimiento de la divina Madre era tan profundo que pronto habría sucumbido a su martirio, y que cuando Él se le mostró en el momento en que acababa de resucitar del sepulcro, ella necesitó algunos instantes para volver en sí antes de poder gustar tanta alegría; y el Señor añade que permaneció con ella largo tiempo, porque esta prolongada presencia le era necesaria."*

"¿Qué lenguaje humano se atrevería a intentar traducir las efusiones del Hijo y de la Madre en esta hora tan esperada? Los ojos de María, agotados por el llanto y el desvelo, se abrieron de pronto a la luz suave y brillante que anunciaba la aproximación de su amado; La voz de Jesús resonando en sus oídos, ya no con el acento doloroso que un día descendió de la cruz y atravesó su corazón materno como una espada, sino alegre y tierna, como corresponde a un hijo que viene a contar sus triunfos a la mujer que lo vio nacer; la aparición del cuerpo que recibió en sus brazos, tres días antes ensangrentado y sin vida, ahora radiante y lleno de vida."

El hecho de que Nuestro Señor se apareciera primero a la Santísima Virgen es comprensible. Ella es su Madre. Es suficiente. Pero hay también otras razones. Ella es la que más sufrió después de Él. Es la que conservó la fe. Por tanto, es natural que el honor de esta primera aparición le corresponda a Ella. San Ignacio de Loyola explicó que la Resurrección de Nuestro Señor es el acto fundacional de la Iglesia. Ahora bien, esta Iglesia es confiada en primer lugar a la Santísima Virgen como Corredentora, por lo que es normal que Cristo se le aparezca a ella primero.

Después de su Madre, Jesús reservó su segunda aparición a Santa María Magdalena. ¿Por qué María Magdalena antes que los apóstoles? Ciertamente estaba al pie de la Cruz y Nuestro Señor quiso sin duda agradecerle su valor y su fidelidad. Pero San Juan también estaba al pie de la Cruz y no tenía derecho a esta segunda aparición. La explicación tiene que ver, sin duda, con la Misericordia. Cristo vino a salvar a los pecadores. Nada le agrada más que un pecador arrepentido. Es el buen pastor que se alegra de encontrar una oveja perdida. Es el padre que da un banquete al hijo pródigo que vuelve a él. Símbolo de ello es Santa María Magdalena, que tanto lloró sus faltas. Al aparecérselo justo después de la Santísima Virgen, Jesús quiere mostrarnos cómo los pecadores arrepentidos como nosotros tienen un gran lugar en Su Corazón. *Os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse" (Lucas 15, 9).* " (Lucas 15:9)

Ahora llegamos al fruto del misterio, la fe. Hoy en día, esta noción se malinterpreta a veces y se oye decir: *tengo fe porque creo que Dios existe*. Pero esto expresa a menudo una simple creencia, más o menos vaga, en un ser superior del que sabemos muy poco y que no tiene ninguna incidencia en nuestro modo de vida. Esta creencia es en realidad un simple razonamiento natural y lógico que cualquiera puede hacer. *"El objeto de la fe no es "la existencia de Dios", porque la existencia de Dios es accesible a la razón natural. La fe, en cambio, es sobrenatural. La fe se refiere a lo que la razón y la inteligencia humanas no pueden conocer por sí mismas (...) La fe es adhesión a Dios que se revela. El objeto de la fe es lo que Dios nos da a conocer de Sí mismo, y a lo que no podemos acceder por nuestras propias luces, por nuestras propias fuerzas y capacidades"*, explica el Hermano Maximilien-Marie du Sacré Coeur, recordando que *"ésta es la enseñanza constante y universal de la Iglesia"*.

Así, la fe de Nuestra Señora el Sábado Santo no era creer en la existencia de Dios. La fe de la Virgen era creer en lo que su Hijo, el verdadero Dios, había revelado: su Resurrección. Los apóstoles, que aún creían en la existencia de Dios, habían perdido la fe porque dudaban de la Resurrección. En otras palabras, la fe significa creer en la Santísima Trinidad, en Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre, en la Inmaculada Concepción, en la Presencia Real en la Eucaristía, en la existencia del cielo y del infierno, en la vida eterna... La fe es el Credo. La encontramos de nuevo en la gran oración del acto de fe: *"Dios mío, creo firmemente **todas las verdades que me has revelado** y que nos enseñas por medio de tu Santa Iglesia, no puedes ni engañarnos*.

Pero la fe no es ciega. Tener fe no significa que el hombre no pueda luego tratar de comprender el contenido de la fe con su inteligencia. San Anselmo de Cantóbery lo resumió magníficamente en una frase: *"La fe busca la comprensión"*. Esto es exactamente lo que hizo la Santísima Virgen en la Anunciación. Ante el anuncio del Ángel, puso a trabajar su inteligencia para iluminar su fe y se preguntó: *"¿Cómo es posible? Este es también el enfoque de la "meditación" de los misterios del Rosario que nos pidió en Fátima. Comenzamos por creer en los misterios revelados, y luego nuestra inteligencia nos permite profundizar en ellos y comprenderlos mejor. En palabras de San Agustín: "La fe va antes, la inteligencia después"*.

Así que, para terminar, recemos por todos aquellos que aún no tienen la fe repitiendo esta hermosa oración que el ángel de Fátima nos enseñó durante su aparición en Fátima en 1916 para preparar la venida de Nuestra Señora: *"Dios mío, creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por todos los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman*.

Autor : Alianza del primer sábado de Fátima